

SUJETOS ENCAMINADOS HACIA LA SUBALTERNIDAD EN *BALÚN-CANÁN* (1957) DE ROSARIO CASTELLANOS

SUBJECTS ROAD TO SUBALTERNITY IN *BALÚN-CANÁN* (1957) BY ROSARIO CASTELLANOS

Keren Heiddy Sánchez Echevarría
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
kerensane.ks@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-4623-5262>
DOI: <https://doi.org/10.36286/mrlad.v3i6.108>

Fecha de recepción: 30.12.21 | Fecha de aceptación: 25.01.22

RESUMEN

En este artículo abordaremos la novela *Balún-Canán* (1957) escrita por Rosario Castellanos. Por un lado, nuestro análisis se centrará en dos personajes femeninos que consideramos claves dentro de la trama, estos son Matilde y la niña (a quien se le quita identidad al no nombrarla). Creemos que dichos sujetos femeninos, a pesar de pertenecer a una clase social elevada, ya sea por sus decisiones o por las que toman de agentes externos, se ven destinadas a la subalternidad, aspecto que se anuncia desde un inicio. De otro lado, también examinaremos cómo los sujetos subalternos pueden encontrar un espacio dentro de la literatura: por ejemplo, la representatividad que no poseen las mujeres en la trama la obtienen por momentos al instaurarse como narradores de la novela.

PALABRAS CLAVE: subalternidad, sujeto femenino, narrador, inferioridad, conflicto social.

ABSTRACT

In this article we will address the novel *Balún-Canán* (1957) written by Rosario Castellanos, on the one hand, our analysis will focus on two female characters that we consider key within the plot, these are Matilde and the girl (whose identity is removed by not naming it). We believe that these female subjects, despite belonging to a high social class, either by their decisions or by the decisions of external agents, are destined to subalternity, an aspect that is announced from the beginning. On the other hand, we will also examine how subordinate subjects can find a space within literature, such as the representation that women do not have in the plot is obtained by establishing themselves as narrators of the novel.

KEYWORDS: subalternity, female subject, narrator, inferiority, social conflict.

En *Balún-Canan* (1957) confluye una variedad de personajes dotados con características muy particulares, entre ellos tenemos a los personajes femeninos que cobran mayor protagonismo conforme avanza la trama de la novela. Los sujetos femeninos son relegados, el ímpetu y la fuerza que pudieran manifestar en un determinado momento termina por diluirse en las circunstancias que las absorben. Es pertinente analizar el modo de reacción de los personajes femeninos frente a determinadas circunstancias, así como la necesidad de reflexionar sobre el modo de actuar y el proceso por el que pasan para tomar decisiones que definirán el rumbo de su personaje dentro de la diégesis de la novela.

Sostenemos que tanto Matilde como la niña representan el encarcelamiento social en el que estaban sumidas las mujeres a inicios del siglo XX, el encierro dentro del sistema patriarcal que hace dos siglos imperaba en el mundo hacía que la presencia del «macho» legitimara la presencia de la mujer en la sociedad, sin él no había un valor ni una identidad que pudiera asumirse como característica propia de una mujer.

Con respecto a los narradores que encontramos en la novela, consideramos que presentan una función y un porqué de su presencia. *Balún-Canán* (1957) posee tres apartados en los cuales varía la voz narrativa según el tema a tratar y según el personaje que toma relevancia. Por ejemplo, en el apartado primero la narradora es la niña, quien nos muestra una mirada infantil de lo que sucede a su alrededor; en el segundo apartado, en cambio, se aprecia una multiplicidad de voces narrativas; y, finalmente, en el tercer apartado regresa la voz de la niña.

En este sentido, nuestro análisis se centrará en los personajes de Matilde y la niña y los narradores de la novela, ya que estos son considerados como sujetos subalternos que toman lugar gracias a su voz narrativa. Para ello, nos apoyaremos en algunas nociones de Molina Fernández (2006), las cuales son resultado de un análisis de la teoría narratológica de Gérard Genette (1972), con el propósito de advertir por medio de sus planteamientos la propuesta narrativa que existe en *Balún-Canán* (1957) de Rosario Castellanos; asimismo, para abordar a los personajes de Matilde y la niña emplearemos un análisis hermenéutico.

1. NARRADORES DE *BALÚN-CANÁN* (1957)

En el segundo apartado de *Balún-Canán* se evidencia una mezcla entre narrador homodiegético y heterodiegético, dicho de otro modo, mientras que por momentos se

manifiesta una voz narrativa en tercera persona que asume la función de describir escenas y diálogos entre los personajes, en otros momentos se inserta una pluralidad de voces. Así, según Molina (2006):

Para Aristóteles convenía distinguir entre qué y cómo se cuenta, entre el *suceso* en sí y la *fábula* (*mythós* es el vocablo que emplea). Por ejemplo, la conocidísima «Caperucita Roja» resultaría un tanto divergente si convertimos en narradora de su aventura a la propia niña, si se cuenta desde la perspectiva de un lobo hambriento que se topa con un exquisito manjar, o si comenzamos la historia por el final. En cualquier de los tres casos, el argumento —la *historia*— es el mismo, pero variaría notablemente el *discurso*, la forma en que se exponen y organizan las acciones del cuento. (p. 42).

Advertimos la importancia que posee la perspectiva desde la cual se narran los hechos, según el estudio narratológico elaborado por Molina en base a nociones de Genette. En ese sentido, el modo en que se plasman las voces dentro de un texto presenta una intención y *Balún-Canán* (1957) no sería la excepción a ello, puesto que no es casual que se haya otorgado agencia precisamente a los sujetos caracterizados por su subalternidad.

Las voces narrativas que se distinguen en el segundo apartado permiten conocer la perspectiva de los sujetos subalternos, así como explorar, en parte, su inconsciente y cosmovisión. Una constante en la novela es el dar voz —como narrador— a aquellos sujetos que no la poseen en el espacio de la diégesis, de modo que, por medio de la representación del inconsciente de los personajes caracterizados por su inferioridad en la trama, se logra exponer su sentir.

En la segunda parte se reconoce a un narrador omnisciente que opta por registrar los diálogos de los personajes; no obstante, también se insertan perspectivas de algunos sujetos, miradas sobre las problemáticas suscitadas y una exploración interna de aquellos personajes considerados como subalternos. Todo ello se realiza por medio del registro de sus pensamientos.

Genette “evidenció que en la narración convenía discernir entre quien habla y quien ve —bajo qué punto de vista estamos contemplando lo narrado” (Molina, 2006, p.48). Por ejemplo, en *Balún-Canán* (1957) se da lugar a personajes como Zoraida, Felipe, la esposa de Felipe, Matilde y Ernesto, los cuales vienen a ser sujetos subalternos cuya voz se manifiesta como narradores. No es obra del azar que no se haya conferido voz propia al dueño de la finca (César), quien se configura como sujeto dominante y representante

no solo de la autoridad respecto a Zoraida (su esposa), su hija y Matilde, sino también la máxima autoridad en la hacienda, el de mayor rango en contraposición con los indios y superior en comparación con Ernesto (hijo bastardo de su hermano).

Ahora bien, un aspecto que llama la atención es la ausencia de «la niña» como narradora en la segunda parte de la novela. Dicha estrategia puede corresponder a que en el segundo apartado era necesario incluir voces de personas adultas, sujetos que pudieran calar a través de sus narraciones en el meollo del asunto, es decir, no solo en el relego social en el que se encontraban sumidos las voces que conducirán la narración, sino también en la lucha entre indios y ladinos que caracterizó el tiempo en que se representa la diégesis. Observar lo mencionado desde la perspectiva externa, infantil e inocente de una niña no genera el mismo efecto que plantearlo desde la mirada de sujetos que son parte de la misma problemática y entienden y toman dicho problema social como suyo.

Las posiciones desde las que exponen el conflicto los narradores son muy importantes para explicar lo que implicaba dicha problemática para cada sujeto subalterno (quienes presentaban diferencias entre sí) a fin de calar en el lector. Por ejemplo, se manifiesta la óptica de Felipe y de su esposa en contraposición con la visión de Zoraida; así, gracias a ello, se repara en las problemáticas y conflictos que se generan en cada individuo según el mundo en el que está inscrito. Por el contrario, de haberse plasmado los hechos a través de la voz de la niña, dicha visión no hubiese permitido advertir ciertos aspectos inherentes en las disputas como las distintas posturas ante las leyes de la reforma agraria, el enfrentamiento suscitado entre los indios y los blancos, la exploración en los pensamientos de los personajes marginados, etc.

2. MATILDE COMO SUJETO SUBALTERNO

La primera vez que aparece el personaje de Matilde en escena es en medio del viaje realizado por los Argüello (entiéndase por Argüello a César y su familia) desde Comitán hacia Chactajal, pues deben quedarse a descansar en Palo María (finca de las primas de César, entre las cuales se encontraba Matilde, la menor de ellas).

Matilde era una mujer de avanzada edad como para ser considerada para el matrimonio; de hecho, ya tenía asignado el título de solterona. Sin embargo, aunque estaba soltera tenía dinero y gozaba de un estatus social elevado gracias a que era una de las propietarias de Palo María y poseía un apellido importante dentro de la región. A lo

largo de la trama, notaremos cómo su condición de superioridad ante otros sujetos va mutando al punto de llegar a perder su condición de hacendada, así como también la manera en que deshonra su apellido y cómo su condición de solterona se hace más visible.

Francisca (hermana de Matilde) es una mujer fuerte, inteligente y maquinadora, capaz de adoptar una personalidad distinta con el propósito de seguir dominando a sus trabajadores indios y no perder su finca como consecuencia de las nuevas leyes de la reforma agraria; vale decir, es un personaje bastante curioso e importante en la novela. A su vez, la capacidad que demuestra al incorporar parte de las creencias de la otredad (los indios) en su forma de actuar es destacable, pues lo realiza con el fin de preservar su estado de sujeto dominante en su finca y hace ver que se ha convertido en una suerte de hechicera, debido a lo cual los indios no pueden desobedecerla: por medio del temor termina por dominarlos. Francisca, al representar su nuevo papel provoca que Matilde salga huyendo de su finca, asustada por la persona en la que se había convertido su hermana y sin comprender del todo el porqué de su transformación. De esta manera, Matilde llega a Chactajal en busca de ayuda y de un lugar donde quedarse, y es así como empiezan todas las desgracias en su vida.

Habíamos indicado que Matilde es un personaje que aun en su condición de solterona posee un estatus elevado debido a su familia y su dinero; no obstante, esta situación cambia al salir huyendo de su finca, pues se queda sin propiedad, sin dinero y viéndose en la necesidad de recurrir a su primo. En ese sentido, Matilde se convierte en una «arrimada» en la finca Chactajal, pero que aún preservaba un apellido importante:

- ¡No me hables en ese tono, Matilde!
- Ah, además me está tuteando.
- ¿Y por qué no?

Matilde golpeó el suelo con el pie, colérica.

- No somos iguales.
- ¿Cuál es la diferencia? Tú estás aquí de arrimada lo mismo yo.
- Estoy en la desgracia, es cierto. Pero hay cosas que ninguna desgracia puede arrebatar.
- ¿Qué cosas?
- Soy... ¡soy Argüello!

(Castellanos, 1957, p. 47).

El fragmento citado pertenece a una conversación que lleva a cabo Matilde con Ernesto. Al reparar en la forma en que dicho personaje a Matilde, notamos que se ha perdido o diluido la barrera establecida entre personas de distintas clases sociales. Ernesto, al ser un hijo bastardo no debería tutear a Matilde, pero lo hace, situación que permite evidenciar que ella ya no es la misma de la finca Palo María, esto es, ya no es una patrona ni dueña de algo; por el contrario, es una más en Chactajal y, por lo tanto, es alguien que puede ser tuteada y que ya no posee poder ni prestigio.

La condición de mujer mayor de Matilde se acrecienta frente a Ernesto, quien, al ser un hombre joven, conlleva a que Matilde perciba con mayor aspereza su vejez, que observe la juventud de este y que advierta la juventud de la mujer con quien él debería estar. Ello se ilustra en el siguiente pasaje de la obra: “Matilde se aproximó a la ventana y, como quien se desnuda, gritó: — ¿No te das cuenta? Mírame, mírame bien. Estas arrugas. Soy vieja, Ernesto. Podría ser tu madre” (Castellanos, 1957. p. 47). La edad se torna un obstáculo en la unión entre Matilde y Ernesto, el cual finalmente es evadido.

Asimismo, al mantener relaciones sexuales con Ernesto, Matilde pierde su honra: ya no es solo una solterona y una arrimada que ha perdido su finca, sino que ahora también es una mujer que ha tenido relaciones sexuales fuera del matrimonio. Inclusive, a este incidente se le añade que fue con un bastardo:

Después de todo, ¿qué había habido entre ellos? Se amaron como dos bestias, silenciosos, sin juramento. Él tenía que despreciarla por lo que pasó. Ya no podía encontrar respeto para ella. Matilde se lo había dado todo. Pero eso un hombre no lo agradece nunca, eso se paga profiriendo un insulto. Las cualesquiera retienen a los hombres sólo mientras son jóvenes. Y Matilde ya no lo era. Otras mujeres esperaban turno y serían menos torpes de lo que ella fue. (Castellanos, 1957, pp. 54-55; el subrayado es nuestro).

Vemos cómo es Matilde quien pierde su valor al involucrarse con Ernesto; se degrada ante él, según lo expuesto por el narrador. Las consecuencias que sufre Matilde se dan por sus acciones, pero, sobre todo, por ser mujer, pues lo que ella sufre no lo padece Ernesto, y él también estuvo implicado en la relación sexual que mantuvieron. Sin embargo, no se menciona nada respecto a él; antes bien, es ella quien pierde el respeto frente a él, y no al revés.

Es así como la prima de César pierde sus propiedades y su honra y se va convirtiendo en una suerte de criada que debe obedecer todo lo que sus «patrones»

ordenen: lleva el apellido Argüello, pero ya no la posición que este le confería. Ejemplo de ello es cuando César manda a su prima a llevar a sus hijos al río debido a la indisposición que Zoraida tenía ante los indios; nos obstante, lo peculiar de este pedido es la manera en que se narra la respuesta de Matilde: “¿Cómo replicar? Matilde hizo ese gesto de asentimiento que ya se le estaba convirtiendo en automático. No sabía cómo escapar a esta obligación penosa” (Castellanos, 1957, p. 59; el subrayado es nuestro). A partir de la cita observamos que “el gesto de asentimiento ya se le estaba convirtiendo en automático”; dicho de otro modo, ya se estaba acostumbrando a recibir órdenes y a asentir ante ellas.

Lo que termina por sepultar a Matilde es la confesión que realiza de la relación que tuvo con Ernesto, así como el reconocimiento de haber finalizado con su embarazo de manera prematura. La hermana menor de Francisca, por su parte, desciende simbólicamente a lo más bajo que le era posible en su contexto social al quedarse sin dinero, al deshonorar a su familia al vincularse con un bastardo y, aparte de ello, al estar embarazada. En este sentido, en el siguiente fragmento notaremos cómo se revela la condición de Matilde ante sus familiares:

Allí corrió Matilde, destocada, y lanzó llorando contra aquel pecho que había entrado intacto en la muerte. Y besaba las mejillas frías y el cabello, todavía suave y dócil, de Ernesto.

Zoraida se inclinó hacia Matilde murmurando a su oído:

— Levántate. Vas a dar qué hablar con esas exageraciones.

Pero Matilde, arrodillada todavía junto al cadáver de Ernesto, grito con voz ronca:

— ¡Yo lo maté!

— Estás loca, Matilde. ¡Cállate!

— ¡Yo lo maté! ¡Yo fui su querida! ¡Yo no dejé que naciera su hijo!

[...]

— Pregúntale a doña Amantina cómo me curó. Yo he deshonrado a esta casa y el apellido Argüello.

(Castellanos, 1957, p. 84).

Debemos sumar la muerte de Ernesto a las desdichas de Matilde o a los eventos desafortunados que se presentan en su vida:

César parpadeó, volviendo en sí. Hizo un signo negativo con la cabeza. Y luego, volviendo la espalda a Matilde, añadió:

— Vete.

Matilde besó por última vez la mejilla de Ernesto y se puso en pie. Echó a andar. Bajo el sol en la llanura requemada. Y más allá. Bajo la húmeda sombra de los árboles de la montaña. Y más allá. Nadie siguió su rastro. Nadie supo donde se perdió.

(Castellanos, 1957, p. 84).

Si hacemos un recuento de los aspectos que terminan por convertir a Matilde en un sujeto subalterno, notamos que en primer lugar estaría su condición de soltera, puesto que en la sociedad de inicios del siglo XX (que es la representada en la novela) el sujeto femenino únicamente encontraba legitimación al tener al lado a un hombre o, en su defecto, en la figura del matrimonio, situación que estaba bastante lejana de Matilde. Adicionalmente, al perder su dinero se convierte en un sujeto marginado dentro de la casa de su primo y se posiciona como una suerte de sirvienta acostumbrada a asentir ante las ordenes de los dueños de casa. Así, termina perdiendo el peso social que le brindaba su apellido al deshonrarlo, pues al vincularse amorosamente con un bastardo da lugar a una unión fuera del matrimonio y, por lo tanto, ilícita; luego, al tomar la decisión de abortar al fruto de dicha unión, también pierde al sujeto de quien estaba enamorada quedándose sin respaldo masculino.

Otra particularidad que puede ser percibida en Matilde es el amor que se produce entre ella y Ernesto, nótese que es la única pareja dentro de *Balún-Canán* (1957) que se da motivada por amor. Haciendo una breve descripción de algunas relaciones representadas en la novela, tenemos, en primer lugar, la de Romelia (la otra hermana de Matilde), quien regresa con su marido para no estar sola, aunque ella asegura que fue por recomendación de los médicos: “Ya hubiera yo querido que oyera lo que decían los doctores de México. Fíjate que me aseguraron que lo que yo necesito... bueno, que me conviene volver a juntarme con mi marido” (Castellanos, 1957, p. 94). A su vez, está la relación entre Zoraida y César, la cual no es motivada por amor, sino por la conveniencia: “¿Quién nos iba a mandar ningún giro si no teníamos apoyo en ninguna parte? Por eso cuando César se fijó en mí y habló con mamá porque tenía buenas intenciones vi el cielo abierto” (Castellanos, 1957, p. 34). De modo que la única relación motivada por amor es la que se trunca y no cumple con los estándares sociales ni tampoco en estatus social, dinero o edad.

3. «LA NIÑA» FRENTE A SU RELEGO SOCIAL

Tanto la primera como la tercera parte de la novela son contadas por la voz de una niña; en ese orden, la forma en que se narra es un aspecto que no debe pasar desapercibido. La perspectiva infantil desde la cual se filtran los hechos impregna características propias de la niñez como el desconocimiento, la imaginación y la extrañez ante ciertas situaciones que recién se descubre. Por tal motivo, Santiago Torre (2005) sostiene que “[L]a niña va a representar el valor de la palabra, y a través del viaje iniciático que constituye la novela, la niña va a pasar por distintas etapas en donde se puede plantear en efecto la construcción del sujeto” (p. 186). Entonces, el hecho de tener a la niña como narradora enriquece la novela y brinda un matiz diferente, pero la elección de esta voz va más allá porque no se trata de un hecho casual sino adrede.

La niña es una figura despropiada de nombre y, por ende, de identidad; un personaje sin importancia ante la sociedad por su condición de mujer y sin relevancia dentro de su familia por la misma razón, a pesar de ser la primogénita. Ello sucede a causa de que lo fundamental es que existe un hijo varón en quien recaerá la labor de dar continuidad al apellido Argüello y quien será el acreedor de toda la herencia. Empero, al instaurar la voz de la niña como narradora del grueso de la novela, se le brinda la legitimidad que como personaje no posee, se asigna relevancia a lo que ve y a lo que cuenta, así como a la forma en que percibe las cosas y en que estas son transmitidas por ella.

En la novela, entonces, se privilegia el punto de vista de la niña, se favorece dicha óptica ingenua e inocente. Asimismo, se brinda la perspectiva de una niña que ignora su posición relegada en la sociedad a causa de su sexo, aunque en el transcurso de la historia ello irá cambiando y será cada vez más consciente de su lugar, lo cual comienza por el trato que le da su madre en comparación con el trato que le brinda a su hermano menor, pero varón.

Identificamos en la niña la confluencia de dos culturas: por un lado, están las nociones impartidas por los ladinos, enseñanzas brindadas tanto en la escuela como en su núcleo familiar, de quienes también aprende a considerar a los indios como sujetos inferiores; por otro lado, en cambio, está el contacto directo que presenta con los indios, el cuidado de parte de su nana y todo lo que aprende respecto de su cultura y toma como parte de la suya.

En la niña se evidencian prejuicios y se advierte que está en una etapa de descubrimientos, pues cuestiona todo y es sumamente perceptiva con lo que sucede en su entorno, tal como se comprueba en el siguiente fragmento:

Yo salgo, triste por lo que acabo de saber. Mi padre despide a los indios con un ademán y se queda recostado en la hamaca, leyendo. Ahora lo miro por primera vez. Es el que manda, el que posee. Y no puedo soportar su rostro y corro a refugiarme en la cocina. Los indios están sentados junto al fogón y sostiene delicadamente los pocillos humeantes. [...] Hablan y es como si cerraran un círculo a su alrededor. Yo lo rompo, angustiada.

— Nana, tengo frío.

Ella, como siempre desde que nací, me arrima a su regazo. Es caliente y amoroso. Pero tendrá una llaga. Una llaga que nosotros le habremos enconado.

(Castellanos, 1957, p. 4).

La niña se da cuenta de la posición que tiene su padre. Ahora lo mira por vez primera, es decir, por primera vez lo descubre y entiende que él es quien manda y el que posee, situación que la asquea y la conduce a buscar refugio en los brazos de su nana india. La niña entiende que son ellos, su familia, los ladinos, su padre, quienes le han hecho daño. En este segmento reparamos que aun cuando la narradora sea una niña, ello no la detiene para evaluar lo que percibe, dado que su capacidad de análisis le permite llegar a sus propias conclusiones. Por ello, se ha dotado a la narradora de capacidades interpretativas y analíticas; es más, se revela a una niña, en su condición de infante y en su posición como mujer, capaz de reconocer lo que sucede a su alrededor.

Además, existe una suerte de rencilla desde un inicio de la narración entre «la niña» y su hermano Mario debido a las preferencias inequívocas por parte de los padres de la niña hacia su hermano. Esta situación se corrobora en el siguiente fragmento: “Mario también tiene ganas de ir. Él no discute. Únicamente chilla hasta que le dan lo que pide. A las siete de la noche estamos sentados en primera fila, Mario y yo” (Castellanos, 1957, p. 5). Mientras que la niña tiene que discutir para tratar de convencer a su madre de ir al circo, tenemos a Mario, a quien le basta con llorar para obtener lo que desea. Una vez más, no se le puede negar lo que pide a la figura masculina, lo cual revela lo innecesario que resulta una lucha de por medio.

Por su parte, la niña manifiesta: “Mario se queda viéndome como si el mérito no me correspondiera y alza los hombros con gesto de indiferencia. La rabia me sofoca. Una vez más cae sobre mí todo el peso de la injusticia” (Castellanos, 1957, p. 2; el subrayado

es nuestro). En este pasaje, la narradora se percata del peso de la injusticia con que debe cargar; así, los gestos de indiferencia por parte del sujeto masculino no pasan desapercibidos aun tratándose de su hermano menor, de quien puede percibir esta suerte de menosprecio ante sus palabras.

En segundo lugar, el accionar de Zoraida (madre de la niña) está directamente vinculado con el relego que sufre la narradora, motivo por el que la madre se configura como un canal directo de menosprecio y falta de consideración. Zoraida es una mujer que contrajo matrimonio motivada por un ascenso social y, al mismo tiempo, por conseguir legitimación a través de un esposo rico y de buen nombre; es alguien que conoce la sociedad en la que se mueve y, por lo tanto, sabe que necesita de la presencia de un hombre en su vida y en su familia para salvaguardar su prestigio, su categoría y sus propiedades. Por ello, evidencia su preferencia por Mario, pues sabe que su condición de varón permitirá que el apellido Argüello tenga continuidad:

Una sombra más espesa que la de las hojas de la higuera, cae sobre mí. Alzo los ojos. Es mi madre. Precipitadamente quiero esconder los papeles. Pero ella los ha cogido y los contempla con aire absorto. — No juegues con esas cosas —dice al fin—. Son la herencia de Mario. Del varón. (Castellanos, 1957, p. 22; el subrayado es nuestro).

La narradora remarca palabras como “Son la herencia de Mario. Del varón”. La manera en que transmite lo que observa está relacionada con el modo en que se siente frente a los hechos, por lo cual, al señalar que es la herencia de Mario y especificar que se trata “Del varón”, da cuenta de que su naturaleza de varón lo hace acreedor de posesiones que, a ella, por ser mujer, le son negadas. Es decir, no puede ni tocar dichos papeles porque no le pertenecen y porque al maltratarlos perjudicaría a su hermano. La importancia de la madre con respecto a la construcción del personaje de la niña es visible a través de las siguientes aclaraciones que tienen lugar en la tercera parte de la novela:

Y es verdad. Lo he dejado retorcerse y sufrir, sin abrir el cofre de mi nana. Porque tengo miedo de entregar esa llave. Porque me comerían los brujos a mí; a mí me castigaría Dios, a mí me cargaría Catashaná. ¿Quién iba a defenderme? Mi madre no. Ella solo defiende a Mario porque es el hijo varón. (Castellanos, 1957, p. 109).

En este segmento se revela por completo la consciencia que toma la niña sobre su posición frente a su madre y la sociedad, reconoce que el hecho de ser mujer la vuelve más vulnerable ante el mundo no por no tener como defenderse, sino por no contar con el mismo apoyo que un varón, como su hermano, encuentra en su entorno. Al no hallar

un soporte o un agente protector a su alrededor, ella asume esa función con el fin de salvaguardar su integridad y, por ende, no entrega la llave; de tal modo, se está defendiendo a sí misma en pleno conocimiento de que nadie más lo haría por ella.

Es notable la desesperación de Zoraida por encontrar una cura al punto de recurrir a las creencias místicas para conseguir la salvación de su hijo, aunque al final no consigue su objetivo. Lo importante es que la madre realmente se esfuerza porque desea que su hijo recupere la salud, sobre todo por ser Mario, el hijo varón y no la niña. A su vez, Zoraida no es la única que coloca a su hija en una posición inferior que la de su hijo, ya que César lo replica:

— ¿Y cree usted que no le hice toda la lucha para traérmelo? Pero a César no hay quien le haga desistir cuando se le mete un propósito entre ceja y ceja. Está obstinado. Y en cierto modo tiene razón. No pelea únicamente por él, sino para Mario. (Castellanos, 1957, p. 92).

César pelea por el hijo, mas no por su hija, a quien no se toma en cuenta y mucho menos se la menciona en algún momento cuando se habla del patrimonio familiar, pues es de conocimiento de todos que ella no lo heredará, razón por la que no presenta un lugar importante en la familia.

CONCLUSIONES

A modo de conclusión, advertimos la importancia de establecer una multiplicidad de voces en la novela, debido que a través de ellas es posible escuchar a aquellos que son ignorados o silenciados en la sociedad. El narrador de la segunda parte de la novela *Balún-Canán* (1957) le otorga voz a los sujetos subalternos y marginados, y hace posible una exploración de los acontecimientos desde la perspectiva del otro.

Por otro lado, notamos el proceso que conduce a Matilde hacia la subalternidad. Como consecuencia de una serie de decisiones y del contexto rígido en el que ella vivía, se va exponiendo a un destino desfavorable ante el cual no tiene opciones. Sumado a ello, la sociedad o las normas sociales se encargan de oprimirla y, posteriormente, de sepultarla. Al ser mujer, no hay una defensa que pueda ejecutar y peor aún si no posee un soporte masculino.

Asimismo, una situación similar sucede con «la niña», cuyo futuro se torna incierto al terminar la novela. Así, su relego en el marco social es claro desde un inicio, puesto

que se evidencia la baja estima e importancia que se le da, y como ella, al ser una niña, debe asumir la labor de salvarse a sí misma.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CASTELLANOS, R. (1957). *Balún Canán*. Fondo de Cultura Económica.

MOLINA FERNÁNDEZ, C. (2006). Cómo se analiza una novela. Teoría y práctica del relato, I. *Per Abbat: boletín filológico de actualización académica y didáctica*, 1, 35-60.

MOLINA FERNÁNDEZ, C. (2007). Cómo se analiza una novela. Teoría y práctica del relato, II. *Per Abbat: boletín filológico de actualización académica y didáctica*, 2, 47-72.

NEGRÍN MUÑOZ, E. (2008). Voces y documentos en *Balún Canán*. *Literatura Mexicana*, 19(2), 57-75. <https://revistas-filologicas.unam.mx/literatura-mexicana/index.php/lm/article/view/595/593>

ROBLES PEREIRA, B. (2015). *En búsqueda de una voz: trazando rutas alternativas de identidad. La escritura comprometida de Rosario Castellanos*. [Tesis doctoral, Universidad de Concepción]. Bibliotecas UdeC-Repositorio. <http://repositorio.udec.cl/jspui/handle/11594/1858>

SANTIAGO TORRE, R. (2005). Los valores de la feminidad en *Balún Canán* de Rosario Castellanos. *Pandora: revue d'études hispaniques*, 5, 183-190. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2565579.pdf>